EL ÚLTIMO CAPÍTULO

EN EL LIBRO DE LO ETERNO

José Gómez Muñoz, Granada, España

Colección de relatos cortos, 450 palabras cada uno, escritos en la etapa de la covid19.

¿POR QUÉ?

¿En qué región del universo, del más allá, de la eternidad, se guardan los paisajes, las escenas, los momentos que a lo largo de nuestra vida hemos vivido en este suelo? ¿A dónde se han ido, se van o se irán cada una de las personas que en estos días y otros, murieron, mueren o morirán? ¿Por qué no se detiene el tiempo y deja para siempre en presente la realidad de cada persona, ser vivo, paisaje, flor, puestas de sol, momentos de lluvia, ríos o arroyuelos? ¿Por qué pasan, mueren y se desvanece en el tiempo tantas y tantas cosas bellas, sueños de las personas, sonrisas de niños, cantos y vuelos de los pájaros, música del viento en los bosques, prados floridos, nubes y amaneceres frescos? ¿Por qué lo que es hermoso y llena de hondo gozo el alma y corazón, irremisiblemente se lo lleva el tiempo y para qué y a dónde? ¿Por qué la vida, esencias, música de la naturaleza, misterios de atardeceres y cálidos rayos de sol, nacen y se renuevan a cada instante empujando para que desaparezca todo lo que es viejo? ¿Por qué todo es nacer y morir y nadie ni nada parece quedar eterno?

25 de abril 2020 -40

TROZOS DE SOL

En el lado del pueblo que mira el sol de la tarde, se alza el edificio. De paredes blancas, tejas de barro color naranja, puertas y ventanas de madera pintadas de verde y con tres o cuatro eucaliptos muy grandes y altos en la misma puerta. Por el lado de abajo del edificio y casi rozando las paredes, discurre una pequeña vía de tren, en paralelo también con una muy pequeña carretera asfaltada. En el lado de debajo de estas vías, nace el arroyo justo en una pequeña llanura. A la derecha de este arroyo y llanura, hay algunas casas y a la izquierda, se eleva una no muy pronunciada ladera cubierta por completo por un denso bosque de pinos, eucaliptos y encinas.

En mi sueño esta noche he visto al edificio, a la madre trajinando en su interior y por la puerta y a él, moviéndose entusiasmado como en un juego fantástico. Desde la puerta verde del edificio, salta y queda encaramado encima de la pared de unos dos metros de alta. Desde aquí, por entre las ramas de los eucaliptos, mira al sol que está situado totalmente en vertical sobre él. Reflexiona durante un momento y luego salta al tejado del edificio. Vuelve a mirar para el lado en que el sol ilumina y luego desvía sus miradas un poco hacia el horizonte de la tarde. Como cayendo desde el incandescente disco del sol y en forma de bandadas repartidas por todo el cielo, ve muchos tallos repletos de flores en todos los colores. Tantos más colores que en el mismo arco iris. Sin sentirse sorprendido, sigue observando y en su interior, se prepara.

Oye en estos momentos la voz de la madre que le llama desde la puerta de madera pintada en verde.
- Te necesito para que me ayudes.
- Ahora no puedo, mamá.
- ¿Por qué no puedes?
- Estoy a punto de saltar al cielo y coger entre mis brazos unos puñados de trozos de sol convertidos en tallos con flores en todos los colores.
- ¿Qué estás diciendo?
- Sí, mamá, es cierto. Necesito coger estos trozos de sol para llevárselos a mis amigos que han enfermado del virus que recorre el mundo entero. No quiero que mueran. Estos trozos de sol que veo volando por el cielo en forma de ramas cuajadas de flores en todos los colores, en cuanto yo se los lleve, van a curarlos para siempre. Desde este tejado, voy a echarme al viento y volar por el espacio para recoger los pedazos de sol que te estoy diciendo.